

*El espacio geopolítico gaditano en época púnica.
Revisión y puesta al día del concepto
de «Círculo del Estrecho»¹*

ANA M.^a NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS
Universidad de Cádiz

ABSTRACT

The main purpose of the present paper is to define, culturally and spatially, the underlying concept under the expression «Circle of the Straight». This term, very successful since it was coined by Tarradell in the sixties, has been used by researchers to refer to the area of economic and political influence of Gadir following the fall of Tiro. However, its characteristics have been hardly specified with accuracy, its genesis has not been clarified and it has never been linked to the rest of the Mediterranean cultural areas at that time, in the interest of achieving a more exact explanation of the political events of the period. Our aim is to outline the process that led to the formation of this geopolitical reality, which always kept a marked Phoenician-oriental character. Secondly, we would like to specify those elements reflecting the economical activities of this zone —fishing products transformation and marketing on a large scale— which we believe delimit to a great extent the area we must include in our study and which constitute the factors that coordinate the territory politically and administratively. Lastly, through the analysis of these realities we will explain the political evolution followed by Gadir in the course of the Second Punic War.

¹ Este trabajo fue presentado en una primera versión al I Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo: *El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente*, celebrado en Madrid en 1997 (Niveau de Villedary 1998). En estos tres años el desarrollo de la investigación y el transcurso de nuestros trabajos nos han llevado a matizar alguna de las posturas planteadas entonces y a aportar nuevos datos sobre el tema.

1. EL MUNDO PÚNICO EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Es frecuente entre los investigadores que se ocupan de estos siglos el comenzar sus trabajos lamentándose del poco interés que esta época despierta en el mundo académico. Aunque las razones aducidas se repiten, la mayoría coincide en señalar que la ausencia de fuentes escritas antiguas, principal razón que tradicionalmente se ha esgrimido, no debe utilizarse aún como pretexto, ante el espectacular aumento del *corpus* de datos materiales tras más de un siglo de trabajos arqueológicos. En un primer momento este cierto desinterés fue achacado a las dificultades que el investigador se encontraba para acceder a los registros —excavaciones antiguas, publicaciones incompletas o colecciones inaccesibles (Aubet 1986: 612)—. Esta situación, frente a lo que lógicamente cabría esperar, se perpetúa en la actualidad (Ferrer 1996: 113). A los materiales antiguos, que continúan en los almacenes en espera de ser revisados, se añaden los recuperados en actuaciones recientes, por lo que creemos que ya no puede achacarse a la escasez de datos la falta de investigación (López Castro 1994: 519).

Por otra parte, el hecho de que este período se sitúe cronológicamente entre otros dos que por diversas causas han atraído tradicionalmente en mayor medida la atención de la investigación (*Idem.* 520), explica en cierta medida la escasa dedicación que al estudio del mundo púnico se ha prestado en nuestro país. Desde un principio, la historia de la Hispania romana ha tenido un gran peso en el mundo académico debido fundamentalmente a dos razones. Por una parte por los propios restos materiales, de carácter monumental, estéticamente rentables y relativamente abundantes que han formado parte del legado histórico y cultural de nuestras ciudades desde muy temprano. En segundo lugar porque, como parte del mundo occidental, la cultura hispana se ha sentido deudora ideológicamente del mundo grecorromano. Por lo que respecta a la presencia semita, han sido los primeros momentos y las cuestiones que se asocian a este período² los que han ocupado preferentemente la atención de los investigadores. Posiblemente la explicación a esta falta de interés haya que buscarla atrás en el

² Se ha discutido fundamentalmente sobre la fecha de las primeras fundaciones semitas en Occidente, la existencia o no de un período anterior de contactos esporádicos, la función y estatus de los primeros asentamientos, la interacción con las población autóctona, etc. (Aubet 1985).

tiempo. Es lógico pensar que en etapas precedentes, en las que la investigación descansaba únicamente en el análisis de la documentación escrita, una época como la que nos ocupa, de la que apenas si han llegado a nosotros unas pocas referencias fragmentadas e indirectas en la mayoría de las ocasiones, no podía llamar la atención del historiador decimonónico. Del mismo modo que su cultura material, sobria, en nada espectacular, pasaba inadvertida para la Arqueología de la época que, más próxima a los postulados de la Historia del Arte, orientó sus esfuerzos hacia direcciones que ofrecían resultados más satisfactorios desde esta concepción esteticista de la ciencia arqueológica. Obviamente se trata de concepciones superadas desde hace tiempo pero que, no obstante y por esta falta de interés tantas veces aludida, ha provocado que ciertas ideas se vayan perpetuando en el tiempo inadvertidamente ya que la escasez de nuevos trabajos provoca una falta de «reacción» contra éstas, por lo que el tiempo las termina por validar convirtiéndose en una rémora constante para el avance de la investigación, pues sobre esta débil base —construida sobre hipótesis antiguas que la mayor parte de las veces adolecen de una mínima contrastación científica— se suceden explicaciones plagadas de errores acumulados.

En la actualidad se es consciente de esta situación y hace ya algunos años que un grupo de investigadores, adheriéndose a las nuevas posturas procedentes del mundo académico anglosajón (Whittaker 1978), lleva a cabo una importante labor de crítica historiográfica que ha contribuido a poner de relieve la manipulación que de las fuentes se ha hecho, tanto por parte de los autores clásicos como por las interpretaciones posteriores. De esta forma se ha rastreado toda una corriente de «antisemitismo» (Bernal 1993), que nace a raíz de la victoria de Roma sobre Cartago³, se reproduce a través de los autores cristianos en las crónicas medievales y modernas⁴ y llega hasta prácticamente nuestros días de la mano de los nacionalismos

³ Los autores latinos llevan a cabo durante el tiempo que dura el enfrentamiento una importante labor de propaganda política. Si a ésto unimos la desaparición de las crónicas cartaginesas y el hecho indiscutible de que la historia la escriben los vencedores, nos queda una visión de los acontecimientos totalmente partidista y sesgada que se ha ido transmitiendo a través del tiempo sin la menor lectura crítica.

⁴ Durante estos siglos el objetivo primordial de la producción histórica estará en función de justificar y legitimar el orden dado y «*la Historia Antigua de la península Ibérica, y con ella la dominación cartaginesa, no ofrecerá temas ni argumentos de interés que ensalcen o justifiquen la unidad nacional*» (Ferrer 1996: 26).

(Alvar, Martínez Maza y Romero 1995: 60; Ferrer 1996: 70-71) e imperia-
lismos (Wagner 1994: 18) del XIX y los totalitarismos del XX (López Cas-
tro 1991a: 73).

En nuestro país los comienzos de la investigación sobre el mundo púnico están estrechamente ligados a la figura del historiador y filólogo alemán A. Schulten que sigue los postulados de la escuela alemana del XIX (López Castro 1996). A él debemos las tesis tradicionales sobre la presencia cartaginesa en la península Ibérica, ideas que a pesar de estar basadas en una lectura manipulada y acrítica de las fuentes, son las que se han ido transmitiendo sin apenas discusión hasta hace relativamente poco tiempo, e incluso hoy en día todavía son defendidas por algunos investigadores (Frutos 1984 y 1991; Chic y Frutos 1984). Para Schulten fueron los cartagineses y su política imperialista los culpables directos de la destrucción del mítico reino de Tartessos, en su lucha contra los focos por la hegemonía —no sólo económica sino también política y territorial— del Mediterráneo. Una vez concretada la conquista territorial de la península Ibérica, los cartagineses se apresuraron a cerrar el estrecho al comercio griego, en defensa de sus posiciones. En sus tesis no son difíciles de rastrear prejuicios de carácter racista (Wagner 1983: 256) —semitas *versus* indoeuropeos—, difusionistas y colonialistas y una visión del pasado en exceso contaminada por la historia reciente de Europa. Sin embargo «*esta visión negativa de la actividad de Cartago en la península Ibérica iba a perdurar durante decenios: al no ser cuestionado abiertamente el esquema schulteniano, sino casi plenamente aceptado, se mantenía la falta de investigación del problema, por lo que no se hacía necesaria la búsqueda de alternativas*» (López Castro 1994: 522) y sería necesario que transcurriera bastante tiempo hasta que esta interpretación, profundamente arraigada en la tradición académica española (García y Bellido 1942; Blázquez 1961; Blanco 1967; Schubart y Arteaga 1986; Bendala 1987), pudiera ser cuestionada y se plantearan otras explicaciones.

Este modelo tradicional, desglosado, defendía las siguientes ideas:

- En primer lugar y como fundamento de la teoría, la existencia de un imperialismo cartaginés basado en la conquista territorial.
- Por consiguiente la existencia de bloques antagónicos. Basado en la creencia de que la colonización fenicia y la griega constituían fenómenos contrapuestos y excluyentes en un clima de abierta competencia por los recursos de Occidente (Wagner 1992: 87).

- La destrucción de Tartessos y *Mainake* por los cartagineses (Alvar, Martínez Maza y Romero 1992: 39), en su afán de controlar las riquezas de Occidente, tras el vacío de poder dejado por Tiro (*Idem.* 40).
- La clausura del Estrecho como manifestación más clara de la política —hegemónica, agresiva y con fines imperialistas— de Cartago (Alvar, Martínez Maza y Romero 1995: 60), que nace a raíz de la batalla de Alalía (Ferrer 1996: 99) y que provoca la carencia de noticias sobre la Península Ibérica en la literatura grecorromana. La prueba irrefutable de este bloqueo serían los sucesivos tratados firmados entre Cartago y Roma (Wagner 1984: 213-214) que nos transmite Polibio (Pol. III: 22-24).

Hoy sin embargo esta tesis, apenas defendida por una minoría, no es ya sostenible. Frente a interpretaciones en las que eran los acontecimientos exteriores⁵ los que explicaban los cambios acaecidos en el sur peninsular, se imponen tesis que valoran fundamentalmente los factores internos que provocaron esta profunda (¿o no tan profunda?) reestructuración (Wagner 1983; Alvar 1991; Alvar, Martínez Maza y Romero 1992).

Frente a lo que se venía defendiendo, la existencia de un imperialismo cartaginés, entendido en sentido estricto, queda invalidada gracias a la labor de Whittaker (1978). Para este autor las relaciones entre Cartago y las ciudades fenicias de la Península Ibérica vendrían definidas, no en términos de dominación territorial y política —al menos con anterioridad a la presencia bárquida—, sino de control económico. Un control económico que se hace efectivo mediante un sistema de alianzas y tratados, que a la larga provocaría la hegemonía de Cartago sobre el resto de ciudades occidentales (López Castro 1994: 524). Estas tesis alternativas al modelo clásico han sido desarrolladas en nuestro país por una serie de investigadores (Wagner 1983, 1984, 1986 y 1994; Barceló 1988 y 1989; Alvar, Martínez Maza y Romero 1992 y 1995; López Castro 1991a, 1991b y 1994) que

⁵ Tras el análisis realizado a comienzos de los años 90 por J. Alvar (1991) ya no se puede sostener que la causa directa de la crisis de las colonias fenicias occidentales y el consiguiente colapso de Tartessos sea la caída de Tiro en el año 573 a.n.e. en manos de Nabucodonosor. Como bien ha demostrado Alvar, el asedio de Tiro es posterior a los primeros síntomas de crisis en Occidente y por tanto «(...) parece necesario buscar en la propia historia de Occidente las razones que conducen al tránsito del predominio fenicio al cartaginés» (Alvar 1991: 25).

mediante la revisión de las fuentes y los materiales arqueológicos, han abierto nuevas vías en la interpretación de este problema histórico.

Por lo que respecta a la existencia de dos bloques antagónicos, el helénico y el púnico, enfrentados en el Mediterráneo, hoy en día se puede asegurar que no es tal, pues a la luz de las nuevas teorías sobre el comercio en la Antigüedad se ha podido demostrar, para esta época, la existencia de diferentes corrientes económicas superpuestas en una misma área (Wagner 1983: 257) y la importancia de las relaciones pacíficas en las operaciones mercantiles (1986: 437).

Tampoco podemos, en el estado actual de los conocimientos, seguir achacando la destrucción «física» de Tartessos a Cartago. El problema ha sido tratado en profundidad por algunos investigadores (Alvar, Martínez Maza y Romero 1992 y 1995), que creen que se han extrapolado al sur de la Península Ibérica los modelos de actuación cartaginesa en el Mediterráneo Central. A diferencia de lo que ocurre en Cerdeña, aquí, por los materiales cartagineses encontrados, tan sólo podemos hablar de contactos comerciales, nunca de una presencia masiva, y por tanto el ocaso de Tartessos hay que explicarlo como resultado de un proceso de desestructuración interna que se puede rastrear al menos desde finales del s. VI a.n.e. si no antes⁶, que se plantea en el momento en que las poblaciones autóctonas son incapaces de hacer frente a la demanda exterior de metales, tanto a la propia extracción de la plata tartésica (Alvar 1991: 25) como al comercio del estaño atlántico (Wagner 1983: 234-237).

Y por último, la tesis del cierre del Estrecho al comercio griego por parte de los cartagineses cae por su propio peso, como ya señalaron en su día C. G. Wagner (1983: 230) y J. Alvar (Alvar, Martínez Maza y Romero 1995: 61), ante el espectacular aumento del *corpus* de datos durante los últimos años, que ha contribuido a configurar en poco tiempo un nuevo mapa sobre la presencia comercial griega en el mediodía peninsular (Rouillard 1991; Cabrera 1997). Ante lo evidente de esta realidad, los tratados concluidos entre Cartago y Roma, tras su relectura se deben interpretar como disposiciones que regulaban la actividad comercial de acuerdo a los

⁶ Ultimamente se vienen defendiendo dataciones más altas que remontarían los orígenes de la crisis al s. VII a.n.e. A este respecto, ver la opinión de J. L. López Castro en su intervención al debate de la primera sesión de las Jornadas celebradas en Huelva en marzo de 1994 (Fernández Jurado, Rufete y García Sanz 1997: 81-82).

postulados del comercio administrativo (Polanyi 1978) cuya última finalidad era proteger el tráfico comercial en el mediterráneo y garantizar el libre acceso a Occidente.

Con las nuevas aportaciones el modelo anterior parece superado y sin embargo, este debate acerca de la naturaleza de la presencia cartaginesa en la península ha capitalizado de tal forma la investigación que apenas si se observan resultados en otras direcciones. Entre los temas pendientes se ha señalado que *«hasta ahora no hemos oído hablar de una caracterización arqueológica de la fase púnica en Iberia, ni de la posibilidad de distintas áreas económico/culturales dentro del ámbito púnico surpeninsular, ni de una interacción con el mundo ibérico y turdetano bien definida, ni de los distintos circuitos comerciales, y así un largo etcétera»* (Ferrer 1996: 124). El objeto de nuestro trabajo, suscribiendo esta opinión, es precisamente el tratar de caracterizar una de estas áreas culturales y económicas que creemos se pueden individualizar en el sur de la península. Pecaríamos de iniquidad si no reconociéramos que son muchos los autores que antes que nosotros se han ocupado del tema. Es más, la inmensa mayoría de los investigadores, incluso los que otorgan a Cartago el papel regidor del destino de Occidente, coinciden en otorgar una enorme personalidad y un grado variable de autonomía a aquella realidad que se ha venido denominando «Círculo del Estrecho» (Wagner 1983: 206; Bendala 1987: 121; Fernández-Miranda y Rodero 1995: 5; Gran-Aymerich 1995: 99; Ferrer 1996: 131, etc.), y sin embargo, el tema se ha tocado la mayor parte de las veces de forma tangencial. Nuestra intención es tratar de configurar un análisis lo más completo posible, aunque somos conscientes de la dificultad de esta empresa al quedar todavía muchas puntos oscuros, y del exceso de ingenuidad que sería el que pretendiéramos resolverlas aquí y ahora, por ello nos limitaremos a plantear el tema, las posibles vías de estudio, muchas de ellas sugeridas con anterioridad y en la medida de lo posible ofrecer nuevas aportaciones en el terreno que mejor conocemos: el del análisis arqueológico y la cultura material.

2. HACIA LA CONCEPTUALIZACIÓN DEL «CÍRCULO DEL ESTRECHO»: DE TARRADELL A NUESTROS DÍAS

La singularidad de las colonias fenicias más occidentales es un hecho constatado desde los mismos comienzos de la investigación. No en vano

debemos a M. Tarradell, pionero de los estudios fenicios en nuestro país (López Castro 1992a: 25), las primeras referencias a la enorme personalidad gaditana, que le llevó a plantear la hipótesis de la existencia de una unidad cultural y económica semita extremo-occidental diferenciada de la cartaginesa, que abarcaría ambas orillas del Estrecho y se articularía en torno a Cádiz⁷. La lucidez del profesor Tarradell para orientar la cuestión adquiere aún mayores dimensiones si tenemos en cuenta el pobre panorama que por esas fechas presentaban los estudios fenicios en nuestro país, presos de la «leyenda negra» que los relegaba a un injusto segundo plano (*Idem.* 24).

Entre sus principales aportaciones cabe destacar las siguientes⁸:

- En primer lugar observó la existencia de dos zonas de influencia a partir al menos del s. V a.n.e. (1967: 306), claramente diferenciadas por ciertos elementos de cultura material: la cartaginesa y la gaditana (*Idem.* 304), división que cree, se mantiene, incluso en época romana (*Idem.* 305).
- La unidad de ambas orillas: la andaluza y la marroquí. Gracias a su dilatada experiencia sobre el terreno, se percató de las enormes semejanzas de paisaje y recursos que presentaban el sur de la península y el norte de África, que constituyen una misma realidad

⁷ «Es posible que la presencia del núcleo metropolitano cartaginés en tierras africanas tienda a borrar en la mente de los investigadores un hecho difícilmente impugnabile con los datos que se pueden manejar: este hecho es que en el extremo Occidente el papel básico en la colonización fenicio-púnica lo juegan las tierras meridionales ibéricas, concretamente el litoral andaluz, y que la metrópolis de este conjunto fue Gadir (Cádiz), en realidad la «capital» fenicia del extremo Occidente tanto por el lado europeo como por el africano. De aquí que nosotros consideremos preferible llamar a este mundo fenicio occidental con el nombre de «Círculo del Estrecho», evitando las diferenciaciones entre expansión fenicia en Marruecos y expansión fenicia en España o Sur de Portugal» (Tarradell 1960: 61).

⁸ Sólo nos detendremos en las cuestiones que se refieren de alguna manera al tema que estamos tratando, sin embargo cabe reseñar que las aportaciones de Tarradell a la investigación no se limitan únicamente al ámbito de estudio del Círculo del Estrecho, sino que se extiende a todo lo relacionado con la colonización fenicia: establecimiento de una etapa «precolonial» (1967: 295-296), existencia de rutas alternativas en la navegación a occidente (1960: 60-62), matización del carácter imperialista de la actuación de Cartago en la península Ibérica (1967: 297), desmitificación de Tartessos (*Idem.* 291-293), establecimiento de una periodización para la colonización fenicia (*Idem.* 295-301), crítica a lo inadecuado de la nomenclatura al uso (*Idem.* 308), etc.

geofísica, y de la unidad cultural de sus pobladores (1960: 61). Hecho que en ocasiones tendemos a no recordar en la actualidad y frecuentemente olvidamos incluir a Marruecos al referirnos al sur de la Península Ibérica⁹.

- La personalidad de la zona de influencia gaditana respecto a Cartago, queda constatada, según Tarradell, por las divergencias observables en su cultura material. La cerámica gaditana seguiría conservando un marcado carácter oriental, concretamente fenicio-chipriota —pervivencia del barniz rojo—, frente a la «renovación» formal y decorativa de la vajilla cartaginesa (1967: 304-305).
- Esta perduración de carácter semita oriental (*Idem.* 306) es consecuencia de la no interrupción —a pesar del asedio de Tiro y la progresiva autonomía de las colonias— de las relaciones del extremo occidental del Mediterráneo con Oriente.
- El papel de Cádiz en la zona occidental sería semejante al jugado por Cartago en el Mediterráneo central (1960: 61): centro neurálgico alrededor del cual se articulaba el territorio incluido dentro del área del estrecho y responsable directo del establecimiento de factorías y colonias en el Marruecos atlántico.

Lógicamente muchas de estas apreciaciones deben ser matizadas en la actualidad dado los años transcurridos desde que fueron lanzadas, no obstante y en líneas generales el esquema que Tarradell propuso en la década de los 60 sigue siendo válido hoy.

La temprana caracterización del problema contrasta con el escaso interés que, con posterioridad, ha despertado el tema, que prácticamente se ha limitado a la reproducción casi literal de las ideas de Tarradell, sin ahondar en la cuestión. Estos prometedores inicios, vinculados a los trabajos llevados a cabo en el protectorado español en Marruecos¹⁰, se vieron truncados a raíz de la independencia plena del país norteafricano. En las dos última décadas

⁹ Ver la intervención de J. L. López Castro al debate posterior a la cuarta sesión de las Jornadas sobre la Andalucía Ibero-turdetana, celebradas en marzo de 1994 en Huelva (Fernández Jurado, Rufete y García Sanz 1997: 409).

¹⁰ La celebración en Tetuán en el año 1953 del *I Congreso Arqueológico del Marruecos Español* y su posterior publicación (VV. AA. 1954), dan buena muestra de este ambiente propicio para la investigación. De la misma manera, su no continuidad resulta exponente del cambio que la situación experimenta años después.

el ánimo de profundizar en estas relaciones se plasma en la celebración de tres Congresos que, con desigual incidencia, retomaron la voluntad que presidió la celebración del primer C.A.M.E. Nos referimos al *I Congreso Hispano-Africano de las culturas mediterráneas*, celebrado en Melilla en el año 1984, bajo el lema de *España y el Norte de África. Bases históricas de una relación fundamental* (VV. AA. 1986) y de los dos Congresos Internacionales «El Estrecho de Gibraltar» que tuvieron lugar en la ciudad de Ceuta en 1987 (VV. AA. 1988) y 1990 (VV. AA. 1995) respectivamente. En ellos los investigadores se limitan —como es lógico dada la naturaleza de los encuentros a base de comunicaciones libres— a plantear temas puntuales haciendo hincapié en los vínculos existentes entre ambas orillas.

En la actualidad la opinión que suscriben la mayoría de los investigadores es la de la ausencia de una auténtica colonización púnica en Iberia hasta la llegada de los bárquidas. Con anterioridad a este hecho, «*las ciudades del sur de la Península Ibérica debían constituir núcleos políticamente independientes con un desarrollo de relaciones comerciales propias no necesariamente vinculadas a los intereses económicos de Cartago*» (Fernández-Miranda y Rodero 1995: 5). Es decir que por una parte se acepta ante la evidencia de los datos, cada vez más numerosos, la personalidad y autonomía de Cádiz, pero por otra aún pesan demasiado las tesis clásicas y se rehuye definir con exactitud el alcance de la influencia de Cartago, que se describe como «confusa y peculiar» (*Idem.* 3). En este panorama destaca la aportación de O. Arteaga que, aunque sigue la línea antes trazada, lleva su análisis más allá y elabora una propuesta novedosa y sugerente (Arteaga 1994). Si en un principio, en otros dos trabajos en los que firmaba como coautor, se decantaba por explicaciones tradicionales (Schubart y Arteaga 1986: 505), disentía de la tesis de Tarradell y rechazaba que pese a las evidentes singularidades que presentaban —particularidades que no se negaban— los fenicios occidentales, tuviesen la suficiente entidad para ser considerados por sí solos y en torno a *Gadir*, poseedores de un estatus jerárquico parecido al que pudiera tener Cartago en el Mediterráneo central (Arribas y Arteaga 1975: 97); con posterioridad sus tesis han evolucionado hasta matizar la influencia que los cartagineses tuvieron en Iberia¹¹, reivindicar las tesis de Tarradell (Arteaga 1994: 24)

¹¹ Para ello intenta rebatir uno de los argumentos que más se han utilizado para defender la tesis contraria: la creciente influencia de Cartago en el Mediterráneo central

dividiendo, de forma explícita, el Mediterráneo en dos zonas de influencia bien diferenciadas: la de Cartago y la de *Gadir* (1990: 456) y otorgando a esta última el peso que antes le negaba¹². Es en el trabajo presentado a las VIII Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica de Ibiza, convocadas bajo el lema de *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos* (1994), en el que Arteaga desarrolla su tesis sobre la «liga Gaditana», término que acuña unos años antes (1992: 110), con la intención de renovar los planteamientos de Tarradell, desfasados por el paso de los años. La principal tesis que defiende mediante el análisis del proceso histórico sufrido por estas comunidades desde su implantación en el s. VIII como parte del programa colonizador de Oriente y como proyección de estas comunidades, es la progresiva autonomía de las colonias occidentales, en cuyo seno se va gestando desde un principio una oligarquía que se enriquece con la actividad mercantil y que será la que, tras un breve repliegue, consecuencia de la caída de Tiro —la tradicional «crisis del s. VI»—, tomará en sus manos las riendas del destino de Occidente, que se reestructura económica y políticamente participando de un fenómeno común a todo el Mediterráneo: el nacimiento de las «ciudadanías» y la federación de estas *polis* en unidades superiores o «ligas» (López Melero 1997: 53), que surgen para garantizar la paz —política y por tanto comercial— en una época de conflictos generalizados. Lo que se conforma en torno a *Gadir*, es decir al territorio que incluimos dentro del «Círculo del Estrecho», sería

y occidental a partir del s. VI, que se manifiesta a través de cambios materiales que a su vez evidencian cambios y préstamos culturales. En concreto hablamos de la transformación que se puede observar en los ritos funerarios y las necrópolis peninsulares a partir de esta fecha, fenómeno tradicionalmente interpretado como reflejo del creciente papel de los cartagineses (Aubert 1986: 612-613) y que Arteaga demuestra que tienen lugar de manera sincrónica —sus orígenes pueden rastrearse desde el s. VII— tanto en Cartago como en la Península Ibérica (1990: 464) lo que invalida una de las tesis que más han esgrimido los valedores de la teoría clásica.

¹² «(...) queremos subrayar una vez más la vocación atlántica del Círculo del Estrecho para desde esta misma óptica tomar su relectura, de una manera dialéctica, actualizada en sus presupuestos socio-económicos, socio-políticos y socio-culturales; con el objeto de reseñar cómo vemos ahora, por nuestra parte, el mencionado proceso histórico: que habiéndose iniciado entre el estado de Tiro y el mundo colonial encabezado por *Gadir*, a la larga condujo a la formación de una sociedad fenicia occidental y a la organización posterior de unas «ciudadanías» integradas en la que llamamos «Liga Gaditana», vista a su vez como aliada y no como súbdita de Cartago» (Arteaga 1994: 25).

una liga, en torno al templo de Melqart, parangonable a la liga délica y similares (Arteaga 1997: 414).

3. HACIA LA FORMACIÓN DEL «CÍRCULO DEL ESTRECHO»

Los comienzos de la presencia fenicia en Occidente van ligados, de ello no cabe la menor duda, a las noticias que sobre la fundación mítica de *Gadir* se han ido transmitiendo a lo largo del tiempo hasta llegar a nosotros. El desfase temporal existente entre las fuentes escritas que nos sitúan la llegada de elementos orientales hacia el 1.100 a.n.e. y los datos que aporta la arqueología que nos impide remontarnos más allá del s. VIII a.n.e., han dado origen a diferentes tesis que proponen la existencia de un período «precolonial», durante el cual habrían tenido lugar cierto número de viajes exploratorios y contactos esporádicos de los navegantes orientales con las poblaciones indígenas del sur de la Península Ibérica. En este contexto, Cádiz habría jugado un papel fundamental como centro de estos primeros contactos comerciales.

Desde el s. VIII a.n.e., la presencia fenicia en nuestras costas es ya un hecho. A pesar de los numerosos sondeos realizados, la ciudad de Cádiz, lugar en el que se presupone se estableció la ciudad arcaica, adolece en la práctica de restos pertenecientes a estos primeros momentos y tan sólo ofrece alguna evidencia que pudiera fecharse a fines del s. VII (Muñoz 1995-96: 80-81). El yacimiento fenicio del Castillo de Doña Blanca, situado junto al estuario del río Guadalete, en la antigua línea de costa, por el contrario, se muestra desde el mismo s. VIII como un enclave de tamaño considerable, en torno a las cinco hectáreas y perfectamente planificado desde el punto de vista urbanístico (Ruiz Mata y Pérez 1995: 54). El lugar donde estuvo situado el primitivo asentamiento fenicio, de cuya existencia se hicieron eco las fuentes antiguas, parece por tanto no ser hoy un tema zanjado (*Idem.* 126-127; Muñoz 1995-1996: 78) aunque la hipótesis de la identificación del *tell* de Doña Blanca con la antigua *Gadir* cada vez cobra más peso (Ruiz Mata 1999).

De lo que no cabe la menor duda, independientemente de su ubicación concreta, es de la primacía de Cádiz, que a partir de su misma fundación, se va perfilando como capitalidad del mundo fenicio occidental y aglutinante de los intereses occidentales. Los principales objetivos económicos orientales: la obtención de plata y estaño, se canalizan desde el puerto gadi-

tano (Aubet 1994: 245) y no debemos olvidar que Cádiz actúa desde época temprana como agente de su propia empresa colonizadora, tanto en las costas africanas, como hacia el interior de la península.

Hacia finales de siglo el sistema comienza a tambalearse. Por causas diversas el sector minero-metalúrgico, hasta ahora base de la economía colonial, entra en crisis (Ruiz Mata 1987: 303). A los factores de crisis interna se unen ciertos acontecimientos exteriores, que en la historiografía tradicional se han sobrevalorado de tal manera que han llegado, en la práctica, a ser los únicos culpables de la tan traída «crisis del VI». El hecho es que por una conjunción de diversos factores, los destinos de las colonias occidentales a partir del s. VI a.n.e., se desligan de Oriente y asistimos a la culminación de un proceso que se venía gestando desde etapas anteriores: la reestructuración económica y política de estas comunidades que, a partir de este momento, actúan de forma independiente. La economía va a descansar a partir de ahora en la potenciación de la explotación de los recursos agropecuarios y en su posterior industrialización con vistas a la comercialización de estos productos (Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998: 389). Si hasta ahora el puerto de Cádiz había canalizado el tráfico comercial de metales, a partir de estos momentos el producto estrella será las salazones de pescado además de otros derivados agrícolas (trigo, aceite y vino). Junto al cambio de estrategias económicas documentamos, causa y consecuencia de lo anterior, una nueva articulación del territorio, en función a un control exhaustivo del mismo. La explotación se organiza en pequeñas unidades de carácter familiar, conectadas entre ellas y en estrecha relación con la ciudad (Ruiz Mata 1997: 342) que en esta época se convierte en la unidad administrativa básica. Al romper los lazos con Oriente, y por tanto desligarse de los poderes de la metrópolis, en las ciudades occidentales surgen con fuerza oligarquías locales que poco a poco y gracias a las riquezas obtenidas de sus actividades económicas, van a hacerse con las riendas administrativas y políticas de la ciudad. La atomización del territorio en función de las nuevas estrategias económicas por una parte y el carácter mercantilista de esta nueva élite va a provocar el nacimiento, al igual que sucede en el resto del Mediterráneo en época helenística, de las ciudadanías (Arteaga 1990: 460).

Las ciudades costeras andaluzas y norteafricanas debieron gozar de un funcionamiento relativamente autónomo, aunque conservaran tradiciones culturales fenicias y contactos con determinados puntos del

Mediterráneo central. La vinculación de Occidente con Cartago no debió existir en estos momentos, pues la ausencia allí de productos de Iberia es total y lo mismo cabe decir en sentido contrario (Fernández-Miranda y Rodero 1995: 15). El núcleo más activo tanto política como económicamente hablando de los intereses púnicos se desplazan hacia el Mediterráneo central: Cerdeña y Sicilia, que disputan frente a los griegos el control de esos territorios. Las ciudades que jalonan la costa del Oranesado deben marcar el punto de inflexión de tales influencias y relaciones permanentes.

Siguiendo a Tarradell (1967: 306) se puede empezar a hablar de dos áreas a partir del s. V a.n.e., ya que posiblemente con anterioridad a esa fecha, ambas zonas dependieran aún demasiado de Oriente. En esta misma centuria se establece el eje comercial que une Ampurias con Cádiz, quedando esta última ciudad incluida dentro de los circuitos comerciales mediterráneos (Cabrera 1994: 97). Mientras que para algunos autores el s. IV a.n.e. supone un cambio en la situación y Cartago comienza a controlar la economía gaditana (López Castro 1991b: 94) para otros *Gadir* siguió conservando un control efectivo del área atlántica que explotaba desde hacía siglos y por consiguiente su independencia económica (Millán 1998: 121).

La más reciente interpretación de los tratados comerciales firmados entre Cartago y Roma, defienden que éstos no protegían ningún monopolio sobre las rutas a Occidente tal y como se había venido asegurando, sino que pretendían impedir la presencia de piratas y asegurar el tráfico comercial en el Mediterráneo (Plácido, Alvar y Wagner 1991: 207). Tampoco podemos interpretar la desaparición de la cerámica griega a fines del s. IV a.n.e. como consecuencia directa del reparto de influencias territoriales entre Cartago y Roma —que dejaría a la zona gaditana bajo el directo control cartaginés— pues el cese de las importaciones responde a una crisis estructural en la producción ateniense que no se recupera tras la guerra del Peloponeso (García Cano 1985: 68) y no a la existencia de impedimentos legales de ningún tipo para la distribución de estos productos. De la misma manera, el período comprendido entre la llegada de las últimas cerámicas griegas y las primeras importaciones campanienses, se cubre mediante producciones locales (Niveau de Villedary e. p. a), pero éste no es un fenómeno exclusivo a la zona de más allá del estrecho, sino extensible al resto del Mediterráneo, pues durante la mayor parte del s. III los talleres cerámicos de Ischia no están aún en disposición de producir y

comercializar un volumen de producción semejante al de Atenas en los siglos anteriores. Sin embargo, el avance de la investigación arqueológica nos ha mostrado como a pesar de desaparecer los productos griegos, ahora, en momentos precedentes a la segunda guerra púnica comenzamos a documentar materiales originarios de la Magna Grecia e itálicos¹³, en una proporción y variedad mucho mayor a lo que en principio cabría esperar si seguimos la tesis clásicas.

Por esta razones, y las que expondremos a lo largo del trabajo, defendemos, frente a la opinión generalizada de que la dependencia de Cádiz respecto a Cartago —patente ya en el s. IV y reforzada en el III— unió el destino de la ciudad occidental al devenir histórico de aquélla; que éstos discurrieron de forma independiente aunque en ocasiones se encontraran.

4. EL «CÍRCULO DEL ESTRECHO» COMO ESPACIO GEOECONÓMICO

La relación entre el sur de la península Ibérica y el norte de Africa es un fenómeno evidente para todo aquel que se haya aproximado a su estudio. Estas relaciones, fluidas y constantes, pueden rastrearse desde los mismos comienzos del poblamiento (Ponsich 1975: 657). Desde un principio la investigación ha puesto de relieve la existencia de una serie de elementos que se repiten a lo largo y ancho de la (en teoría) zona de control de Cádiz: una economía basada en la pesca y la comercialización de los productos de ella derivados (Étienne 1970: 303), las similitudes en la cultura material —formas y decoraciones (Tarradell 1951), la presencia de determinadas formas anfóricas de origen local (Fernández-Miranda y Rodero 1995), la semejanza entre los tipos monetales (Chaves y García Vargas 1991), etc.—,

¹³ Esta es la información que nos está proporcionando el estudio de los materiales procedentes de las excavaciones sistemáticas que desde el año 1979 se realizan en el importante yacimiento protohistórico del Castillo de doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz) bajo la dirección de D. Ruiz Mata. Entre los materiales de las últimas fases de ocupación, que en la actualidad se encuentran en estudio, empieza a no ser extraña la identificación, cada vez mayor de productos itálicos. A la importante presencia de ánforas grecoitálicas, que ya conocíamos, se añaden ahora la de pequeños vasos y producciones locales de barniz negro, posiblemente de origen suditálico y campaniense A antigua (Niveau de Villedary y Vallejo e. p.).

son elementos que se repiten constantemente en ambas zonas del estrecho y que indican una unidad cultural y económica, que cohesiona y unifica el territorio.

Desde los comienzos de la colonización, las características de los materiales y sus distribución indican que nos hallamos ante la presencia de un circuito de actividades comerciales desarrollado desde *Gadir*, por iniciativa de ésta, totalmente autónomo y sin interferencias de las metrópolis orientales (Wagner 1983: 26), situación que perdura en el tiempo, ya que durante los siglos siguientes, Cádiz conserva su propio circuito comercial, autónomo aun en el período de dominación bárbara y que probablemente, como han observado otros autores, siempre mantuviese en sus manos ciertas prerrogativas, caso del comercio del estaño atlántico (*Idem.* 468) así como una estrecha relación económica con la Mauritania Tingitana romana, de alguna manera aún dependiente, desde un punto de vista económico y sobre todo en lo que respecta a la industria pesquera, de Hispania (Gozálbes 1995: 181). La actuación de *Gadir* en las costas africanas se materializa en varias líneas. En primer lugar actúa como agente colonial directo, fundando factorías al otro lado del estrecho. En segundo lugar como impulsora de las actividades económicas de estos establecimientos e incluso de las mismas comunidades indígenas (López Pardo 1995: 110) y por último con la intervención directa en la industria salazonera (1988: 742).

4.1. Condicionantes físicos y geográficos: La unidad geográfica

Esta aludida unidad económica y cultural se corresponde también a una unidad física y geográfica. Ambas zonas se han mantenido siempre íntimamente unidas, es más, si atendemos a la configuración geográfica de Marruecos se observa como este espacio se halla separado del resto del continente africano por la cordillera del Atlas, provocando un aislamiento no sólo geográfico sino también climático, de vegetación, etc. La similitud geográfica y climática, en especial las influencias de las corrientes oceánicas, son las responsables de lo idéntico del paisaje (Pon-sich 1975: 655), con lo cual en la práctica la costa de Marruecos resulta ser más una prolongación de la Bética que una región africana (Alonso 1986: 207). En este sentido el Estrecho de Gibraltar, en lugar de un obstáculo, constituye un verdadero puente entre el Magreb y la península

Ibérica (Gran-Aymerich 1995: 98). Las dos orillas se encuentran rodeadas de amplias zonas de tierras bajas e inundables que, en períodos de lluvias se transforman en inmensas lagunas, que gracias a la benignidad del clima y a las temperaturas, uniformes durante buena parte del año, favorecen una flora y atraen a la misma fauna en las dos orillas. Tanto por su clima como por su situación, cruce natural entre los continentes europeo y africano, esta zona se convierte en refugio de gran número de aves en sus migraciones estacionales y lo que es más interesante para nosotros, este mismo fenómeno se observa respecto a la fauna marina: el estrecho se convierte también en paso habitual de los grandes bancos de túnidos. La navegación no es problemática gracias a la existencia de corrientes marinas y los contactos entre ambas costas también se ven favorecidos por la existencia de importantes cuencas fluviales que se abren al Atlántico, permiten la navegación fluvial y aseguran, sin problemas, la penetración hacia tierras interiores.

Toda esta serie de ventajas naturales son, en opinión de Ponsich (1975: 656-657), las responsables de la fuerte ocupación humana de las riberas atlánticas de ambos continentes desde época prehistórica. Por el contrario, el relieve accidentado y el aspecto poco hospitalario de las costas mediterráneas de Marruecos y las dificultades geográficas y de navegación que presentan éstas, provocaron que las comunidades prehistóricas se instalaran preferentemente cara al Atlántico.

Y ésta será, precisamente, una de las características fundamentales, que permanecerá inmutable durante todos estos siglos: Cádiz y el Círculo del Estrecho son realidades volcadas al Atlántico, hecho que no sólo le confiere su enorme personalidad, sino que será clave en su desarrollo económico y por ende en sus avatares históricos.

4.2. El nuevo modelo económico: La industria de la salazón

Como ya hemos visto la mal llamada «crisis del s. VI» se interpreta hoy, de manera generalizada, como un fenómeno de reestructuración económica, motivado más por factores internos que externos (Alvar, Martínez Maza y Romero 1992 y 1995). La economía de tipo colonial, basada en la extracción de metales para su comercialización, entra en crisis a finales del s. VII o comienzos del VI, pero contrariamente a lo que tradicionalmente se sostenía esto no provoca el colapso ni de la civilización tartésica, ni de

las colonias fenicias occidentales, sino que lo que se observa es una modificación de las estructuras económicas y sociales. A lo largo de este período asistimos a la potenciación de la explotación de los recursos agropecuarios (Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998: 389) que constituían una parte muy importante de las actividades productivas ya desde momentos anteriores (Arteaga 1994: 45), pero será a partir de ahora cuando las bases económicas descansen en estos productos agrícolas y pesqueros (Ruiz Mata 1997: 327) mediante su transformación industrial con vistas a una comercialización a gran escala, que Cádiz controla directamente (*Idem.* 342). Los mercados orientales, receptores tradicionales del metal tartésico, son sustituidos por los de Grecia y el Mediterráneo central, que acaparan la demanda de estos productos (vino, aceite y sobre todo salazones). Se trata por tanto de un proceso de adaptación a la nueva realidad política y económica que se está configurando en el Mediterráneo (López Castro 1995: 57).

Será una de estas actividades, la pesca, junto al proceso de transformación posterior, la que se constituya en una auténtica alternativa económica para las antiguas ciudades fenicias de Occidente tras la disolución del sistema económico de época arcaica (1993: 353). Son muchos los autores que han visto en esta actividad el principal motor de la floreciente economía gaditana de época púnica¹⁴.

Posiblemente, por su propia configuración geográfica, esta industria se originara en las islas gaditanas (*Idem.* 354), aunque pronto debió extenderse al resto del territorio (Frutos y Muñoz 1996) del estrecho, alcanzando un extraordinario desarrollo que perdurará hasta época romana (Ponsich y Tarradell 1965).

No es necesario reflexionar demasiado para darnos cuenta que estamos hablando de una producción industrial, organizada a gran escala, que excede claramente el consumo local (López Castro 1995: 63). Lo lógico es pensar que se trata de una producción excedentaria y planificada conscientemente con vistas a su comercialización.

¹⁴ «La industria de salazones llegó a generar todo un sistema económico en el que intervendrían diferentes agentes productivos en sus fases sucesivas; pesca, elaboración del salazón y sus derivados y comercialización. Así mismo, el desarrollo de esta actividad productiva produciría una intensificación en otros sectores de la producción relacionados con ella, como la construcción de barcos y accesorios para la navegación y la fabricación de envases para el transporte» (López Castro 1993: 358).

Por las reducidas dimensiones y la dispersión de los núcleos industriales cabe la posibilidad que se trataran de pequeñas explotaciones de carácter familiar, que llevarían a cabo estas actividades casi de manera artesanal¹⁵. Es también probable que se ocuparan de ciertas labores primarias de obtención de materias primas¹⁶ y por la presencia de almacenes (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 492) y ánforas (Frutos, Chic y Berriatúa 1988) se deduce que el envasado también debía correr a cargo de los productores (Niveau de Villedary y Ruiz Mata e. p.). Sin embargo no pensamos que fueran estas mismas unidades familiares las encargadas de dar salida a sus productos ya que hablamos de un comercio importante, en volumen y en distancia. El control efectivo del comercio, y por tanto de la principal actividad que genera riqueza, debió estar en manos de las oligarquías o elites locales, formadas por comerciantes y ciudadanos libres que se enriquecieron al ocupar el lugar que había dejado libre la antigua aristocracia de origen tirio una vez desaparecidas las estructuras estatales orientales que les daban cobertura.

En ocasiones y tomando al pie de la letra el texto de Timeo¹⁷ en el que el autor habla de las salazones gaditanas, se ha afirmado que el control del comercio de las salazones no estaría en manos gaditanas, sino que dependería de Cartago, que actuaría como intermediaria entre los centros productores occidentales y los mercados griegos y centromediterráneos

¹⁵ Esta interpretación (López Castro 1993: 358; Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998: 394) ha sido puesta en duda recientemente (Frutos y Muñoz 1996: 148) ante la aparición en Torre Alta de una importante acumulación restos de moluscos y desechos de peces, asociados a fallos de hornos de este complejo industrial alfarero, por lo que los autores llegan a la conclusión que la explotación también debía organizarse a gran escala.

¹⁶ Aunque con casi toda probabilidad en la pesca de escómbridos, por sus propias características —se trata de una actividad estacional, en la que hay que concentrar una considerable fuerza de trabajo en un espacio determinado de tiempo, acudir a las zonas donde están ubicadas las almadrabas, etc.—, intervinieran otro tipo de agentes productivos.

¹⁷ «Dicen que los fenicios que habitan la llamada Gadira y navegan más allá de las Columnas Herakles llegan con viento apeliota en cuatro días a unos parajes desiertos llenos de juncos y sargazos que durante la marea baja no están mojados, pero que se inundan durante la pleamar, en los que se encuentran en abundancia atunes asombrosos por su longitud y grosor cuando en ellos encallan. Los cartagineses los ponen en conserva y juntándolos en unos depósitos los llevan a Cartago, de donde no sólo los exportan, sino que por su excelente calidad los toman ellos mismos como alimentos» (Ps. Arist., *Mir.*, 136).

(López Castro 1991b: 101). En contra de la evidencia literaria contamos con el argumento de la perduración de la industria salazonera y su comercio sin ruptura aparente desde los mismos comienzos de la república (Lagóstena 1996b: 151; Arteaga 1992: 105; Chaves, García Vargas y Ferrer 1998) por lo que debemos pensar que la ventajosa paz firmada por los gaditanos con Roma, permitió a éstos seguir con sus actividades económicas sin problemas, hecho que se nos antoja poco probable en el supuesto de que este comercio hubiese dependido de Cartago. Por otra parte si tal y como afirma el Pseudo-Aristóteles, toda la producción excedentaria, que a juzgar por los testimonios literarios y materiales con los que contamos, debía constituir un volumen considerable, era transportada hacia Cartago, donde en parte sería consumida y en parte redistribuida en los circuitos mediterráneos, deberíamos hallar en la metrópolis norteafricana evidencias de este tráfico. A pesar de ello el hallazgo de ánforas Mañá-Pascual A4, envase salazonero por excelencia, no es sino testimonial (Ramón 1995: 651) y no deja de ser un exponente más del tráfico comercial que los gaditanos mantuvieron con el Mediterráneo central durante estos siglos, y cobra cada vez más peso la hipótesis de que el comercio de las salazones gaditanas estuviera desde un principio en manos de los propios gaditanos que comerciarían directamente con Grecia (López Castro 1997: 100-101; Niveau de Villedary y Vallejo e. p.).

Esta actividad, en torno a la cual se vertebra toda la estructura económica de las ciudades del «Círculo del Estrecho», no se interrumpe al término de la segunda guerra púnica, sino que siguió constituyendo el pilar básico en el cual se sustentaba la economía de estas ciudades, dentro ya de la órbita romana (García Vargas y Ferrer e. p.).

4.3. Factores que contribuyen a delimitar el espacio

De acuerdo a las hipótesis que pretendemos demostrar, el «Círculo del Estrecho» se correspondería con la región —la que nos proponemos delimitar, que un principio sería la circunscrita en torno al Estrecho de Gibraltar— de intereses económicos comunes, que gravitan alrededor de la industria pesquera, organizada a gran escala y de su posterior transformación industrial —fabricación de salazones y salsas—, productos que se destinan de forma masiva y planificada a la exportación normalizada a larga distancia, y que son los más directos responsables de la participación

activa de Cádiz en el comercio del momento y por consiguiente de su inclusión en los grandes circuitos comerciales mediterráneos.

4.3.1. *Distribución de las factorías de salazón y de los recursos relacionados con la industria pesquera (pesquerías y salinas)*

Hasta hace no mucho tiempo, los únicos restos que se conocían eran los de construcción romana (Ponsich y Tarradell 1965), aunque las fuentes clásicas (Curtis 1991: 6) y la sospecha de que las factorías romanas se superponían a las fases anteriores, hacían remontar el origen de esta industria hasta época púnica. La arqueología no ha tardado en confirmar estas suposiciones y hoy conocemos un buen número de factorías prerromanas (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988; Ruiz Gil 1986 y 1991; Ruiz Gil y Ruiz Fernández 1987; Molina, Huertas y López Castro 1983; Arteaga 1985; Belén y Fernández-Miranda 1978; López Castro 1993; Frutos y Muñoz 1996) que jalonan las costas andaluzas y contamos con indicios suficientes para afirmar que igual debía ocurrir en la costa atlántica de Marruecos (López Pardo 1995: 103).

Es lógico pensar que las industrias, sean cuales sean, se ubiquen en lugares en los que las materias primas necesarias, sean abundantes y fáciles de obtener. En el caso de las salazones éstas se reducen básicamente a dos: la pesca y la sal, y tanto de uno como de otro recurso las costas andaluzas y norteafricanas están bien surtidas. Si tomamos como referencia la situación de las modernas almadrabas mediterráneas (Ponsich 1988: 25) se puede observar como las costas atlánticas del sur de la península y norte de África constituyen una de las zonas más privilegiadas para la captura de túnidos. A la abundancia de pesca, gracias a la existencia del importante banco sahariano-marroquí, se suma el hecho de que el estrecho sea el lugar más adecuado para la colocación de almadrabas por la misma naturaleza del comportamiento de los atunes que, en sus viajes estacionales, pasan dos veces al año por esta zona. Desde sus enclaves costeros, los pescadores conocerían los ciclos migratorios de especies como los escómbridos, en particular los atunes, que en determinadas épocas del año, entre mayo y junio, bordean los litorales atlánticos de Marruecos y la península, internándose desde el sur en el Mediterráneo para desovar y desde este mar nuevamente hacia el Atlántico hacia junio-julio (1975: 676). Esta situación permite la colocación de almadrabas de ida y almadrabas de vuelta, con el consiguiente aumento de las capturas.

En cuanto a la sal, su obtención es uno de los problemas fundamentales que hay que solventar para la fabricación de conservas de pescado. La existencia de salinas se convierte en otro de los factores a tener en cuenta. No resulta extraño que fuese precisamente en el litoral portuense, en las proximidades de las marismas de los ríos Guadalquivir y Guadalete (1988: 47), donde son abundantes las salinas, el lugar donde se ubicaron desde el s. VI las primeras factorías organizadas (López Castro 1993: 355).

La mayor concentración de factorías prerromanas hasta ahora conocidas la hallamos en el tramo de costa comprendido entre Rota y El Puerto de Santa María, en la provincia de Cádiz (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988; Ruiz Gil 1986 y 1991; Ruiz Gil y Ruiz Fernández 1987). En el mismo casco urbano de Cádiz se tiene también constancia de la existencia de estas fábricas (Frutos y Muñoz 1996) desde al menos el s. V a.n.e., lo que vendría a confirmar los testimonios literarios.

Aunque las salazones gadiritas fueron las más comercializadas en la Antigüedad (López Castro 1997), no son las únicas de las que nos hablan los autores griegos. Por ellos conocemos también las cualidades de las procedentes de la antigua Sexi (Molina y Jiménez 1983: 284), noticias literarias que remontan la producción de salazones en la zona de Almuñécar al s. IV a.n.e. (López Castro 1993: 359), aunque la contrastación arqueológica se reduce en la práctica a un pequeño sondeo (Molina, Huertas y López Castro 1983), ya que los restos prerromanos quedaron destruidos en gran parte por el espectacular conjunto industrial que se levantó en época romana republicana (Molina y Jiménez 1983). Evidencias de esta industria las hallamos también en Cerro del Mar donde un sondeo (Arteaga 1985: 201-202) ha sacado a la luz restos de piletas datadas en el s. II a.n.e. y en los yacimientos onubenses de la Tiñosa, pequeña factoría costera dedicada a la pesca, de los siglos IV-III a.n.e. (Belén y Fernández-Miranda 1978) y Aljaraque (Blázquez, Luzón y Ruiz Mata 1969-70), cuya actividad puede remontarse al menos hasta el s. VI a.n.e.

4.3.2. *Envases. Centros alfareros y distribución de las ánforas de producción occidental*

La industria conservera, que destinó la mayor parte de su producción a la exportación, contribuyó de forma paralela al desarrollo de ciertas indus-

trias complementarias, caso de la alfarera, responsable de suministrar los envases para el almacenamiento y transporte de la producción hasta su destino final.

Los productos gaditanos se envasan principalmente en ánforas con unas características tipológicas muy determinadas, que aparecen en el s. VI y perduran, con las lógicas evoluciones formales, hasta mediados del s. II a.n.e. Estamos hablando de las ánforas conocidas como Mañá-Pascual A4 o Ponsich III, caracterizadas por su boca de tendencia entrante y borde engrosado, que termina en una carena más o menos marcada que da paso a un cuello cilíndrico o troncocónico y, tras otra fuerte carena, arranca un cuerpo cónico terminado en punta. Las dos asas de sección circular arrancan de la carena del cuello. Su evolución en el tiempo es hoy posible de rastrear ante el aumento de los hallazgos y la sistematización de éstos (Ramón 1995) y por su aparición en yacimientos, como el Castillo de Doña Blanca donde documentamos numerosos ejemplares bien estratificados. Desde el mismo momento en que esta forma fue aislada y descrita se especuló con la posibilidad, por la dispersión de los hallazgos, de que estuviéramos ante una producción típica del «Círculo del Estrecho», que estaría destinada a contener las salazones locales (Pascual 1969: 18). Con el paso del tiempo los hallazgos han ido confirmando las primeras impresiones y hoy se puede afirmar que estos tipos constituyen el reflejo material del floreciente comercio occidental del momento, siendo además uno de los pocos casos en los que conocemos con certeza su contenido, gracias a los hallazgos arqueológicos, que nos han permitido comprobar la naturaleza de los productos envasados. Se han hallado restos de atún troceado en ejemplares del s. V procedentes de la excavación de la factoría de salazones gaditana de la Plaza de Asdrúbal (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 488) y en las ánforas, de la misma filiación y cronología, del almacén del foro suroeste de Corinto (Williams 1978), que posteriores análisis químicos han confirmado que fueron fabricadas en las costas españolas o marroquíes situadas al oeste del Estrecho de Gibraltar (Maniatis y otros 1984). La presencia de formas idénticas con los mismos contenidos en lugares tan distantes y significativos —por una parte en su zona de origen y por otra en Grecia, en donde sabíamos por las fuentes escritas y por diversos hallazgos arqueológicos (López Castro 1997) que llegaban los productos gaditanos— nos inclinan a plantearnos que se trate de envases estandarizados, una especie de «denominación de origen» de los productos que se comercializaban a larga distancia (Arteaga 1994: 48).

El mapa de distribución de los alfares que sabemos que fabricaron estos tipos es también elocuente. Conocemos hornos a ambos lados del estrecho, curiosamente situados a poca distancia de Cádiz y Lixus respectivamente, las ciudades más importantes de cada orilla (Fernández-Miranda y Rodero 1995: 14) y centros neurálgicos de esta industria. La excavación de los hornos de Kuass (Arcila, Marruecos) por M. Ponsich en la década de los sesenta (1968) supuso la prueba evidente de que nos hallábamos ante una producción occidental. En estos alfares la fabricación de ánforas tuvo prioridad, durante el período durante el cual el complejo estuvo en funcionamiento, respecto al resto de productos por la necesidad de surtir de envases a la vecina industria salazonera¹⁸. En 1987, una urgencia sacó a la luz el primer complejo industrial alfarero que fabricaba estos tipos a este lado del estrecho. Con anterioridad tan sólo teníamos indicios de la fabricación de las MPA4 en las proximidades de Cerro del Mar, donde habían aparecido fallos de horno en superficie (Arteaga 1985: 213). El yacimiento de Torre Alta (San Fernando, Cádiz) se sitúa en una pequeña elevación natural del terreno, en una inflexión de la línea de costa, a pie de playa y mirando a la bahía. Desde el punto de vista de las comunicaciones se trata de una situación privilegiada, con vistas a dar salida a la producción hacia las factorías salazoneras o a los posibles mercados (Lagóstena 1996a: 112). En esta primera campaña se excavaron dos hornos con una cronología según sus excavadores de finales del s. IV a.n.e. a principios del II (Perdigones y Muñoz 1988), y gran cantidad de materiales entre los que destacaba por su volumen, la producción anfórica. Entre los tipos fabricados los autores describen dos variantes de ánforas MPA4, correspondientes a la última fase de evolución de la forma (*Idem.* 109-110). Un elemento de gran interés lo constituyen los sellos que presentan algunos de los ejemplares anfóricos de Torre Alta. Muchos de ellos reproducen figuras humanas portando atunes o realizando actividades relacionadas con la transformación industrial de estos productos (Frutos y Muñoz 1994: 403-404) en lo que podría ser una indicación del contenido de estos envases.

¹⁸ Hasta el punto de que se han localizado cerca de 600 asas de ánforas del mismo tipo en el horno e inmediaciones de uno de estos talleres, lo que demuestra el volumen e importancia de dicha producción (Ponsich 1968: 8).

La distribución de estas ánforas se debe analizar desde dos vertientes: por su amplia dispersión, aunque en ocasiones cuantitativamente poco importante, podemos conocer el alcance del comercio gaditano y la zona donde su presencia es alta nos indica, en principio, el área de proyección gaditana. A partir del s. VI las hallamos en el valle del Guadalquivir y zona gaditana, en el s. V son muy numerosas en el entorno de la bahía de Cádiz, sobre todo en los diferentes enclaves dedicados al salazón y en el s. IV se extienden al resto de Andalucía occidental. Durante el III las encontramos en la costa de Málaga y Almería. Al otro lado del estrecho aparecen en las costas mediterráneas y atlánticas (López Pardo 1990: 18). En el Mediterráneo oriental las encontramos en Atenas, Olimpia y Corinto en el s. V (López Castro 1997) y en el central en Pitecusa, Ibiza, Ampurias, Sulcis y la costa tirrénica etrusca (Ramón 1995). Por el Atlántico llegan hasta el yacimiento gallego de A Lanzada (Suárez y Fariña 1990) testimoniando la frecuencia de los tratos comerciales de los gaditanos con estas comunidades desde tiempos pasados, en función del comercio del estaño y el oro. Aunque observamos que la distribución es sobre todo costera, recientemente se ha empezado a reconocer la presencia de ánforas MPA4, anteriores a la segunda guerra púnica, entre las comunidades ibéricas del interior (Oliver 1995: 283).

A partir del s. IV comienzan a fabricarse en la zona de Andalucía occidental dos tipos anfóricos que conocen una menor dispersión¹⁹ y que conviven con las MPA4. Se trata de las ánforas conocidas como «Carmona» y «Tiñosa»²⁰ ignoradas por la investigación hasta hace relativamente poco tiempo y que sin embargo alcanzan un indudable éxito en la centuria siguiente. Debido a su reciente identificación no contamos con estudios detallados sobre su difusión y contenidos aunque podemos aventurar que transportaban productos agrarios o pesqueros del «Círculo del Estrecho»²¹

¹⁹ En ocasiones producto más del no reconocimiento de estas formas que de una ausencia real.

²⁰ Bautizados de tal modo por A. Rodero a comienzos de los 90 por los ejemplares hallados en sendos yacimientos (1991). Esta denominación, aunque muy criticada por algunos autores (Ramón 1995: 156), parece haberse impuesto por la comodidad que su uso implica frente a las ocasiones confusas clasificaciones al uso.

²¹ Sobre la difusión de estos tipos ver Ramón 1995 y Niveau de Villedary 1998. Respecto a los contenidos, por su presencia en villas rurales y factorías costeras, podemos deducir, a falta de datos analíticos, que en ellos se envasaron tanto productos agrarios como salazones (Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998; Niveau de Villedary y Ruiz Mata e. p.).

y posiblemente compitieran con las tradicionales MPA4 en los mercados mediterráneos en momentos avanzados²².

4.3.3. *El papel de la moneda y las acuñaciones que siguen el modelo gaditano*

Quizás hayan sido los numismáticos los que, cuando se han acercado al análisis de la amonedación y de la circulación monetaria de esta zona, más han contribuido a definir y delimitar esta realidad geo-económica y cultural. El estudio, desde todas sus vertientes: iconográfica, metrológica y de circulación, ofrece similares resultados, ya que viene a resaltar el carácter independiente de *Gadir* respecto a Cartago²³.

Los mismos inicios de la moneda gadirita, a comienzos del s. III a.n.e., deben ponerse en relación al ambiente industrial y comercial que venimos describiendo. El análisis iconográfico de los tipos monetales muestra un panorama que con casi total seguridad refleja una realidad económica. Los aspectos religiosos y los económicos no pueden ni deben disociarse, la divinidad protege a los productos y éstos son a su vez símbolos que representan a los dioses (García-Bellido 1993: 126). La repetición de motivos iconográficos es un hecho en las monedas de ambos lados del estrecho (López Pardo 1988: 744), por el contrario las monedas cartaginesas y de su zona directa de influencia presentan tipos diferentes (Tarradell 1967: 305-306) también relacionados entre ellos. Entre los temas recurrentes predominan los alusivos al mar (Ripoll 1988), encontramos sobre todo atunes y delfines, que con frecuencia aparecen asociados a representaciones de Hércules-Melqart. Esto evidencia la relación con Cádiz y la posible partici-

²² Nuestra experiencia directa nos ha permitido observar como a partir de determinado momento —finales del s. III a.n.e. y primera mitad de la siguiente centuria— las ánforas de tipo «Carmona» y sus sucesoras las E-2 (Ferrer y García Vargas 1994) parecen sustituir en los mercados del levante peninsular a las MPA4 (Niveau de Villedary y Vallejo e. p.).

²³ Valga como ejemplo las conclusiones a las que se llega en uno de estos trabajos: «*Así nos parece que, incluso en el sur de la Península, debemos ir pensando en una población indígena menos comprometida con el exterior de lo que se ha supuesto, relacionada sin duda con el mundo púnico, pero con una personalidad y criterio propio que tienen una raíz en el s. VII a.C. al menos, con suficiente capacidad de elección para decidir cómo, y con quién, ha de mantener relaciones*» (Chaves 1990: 479-480).

pación del templo dedicado a esta divinidad en la empresa comercial o, al menos, la protección del dios gaditano sobre la principal actividad económica de la ciudad durante esta época (Chaves y García Vargas 1991: 140). Las cecas situadas en la costa se corresponden en general con poblaciones de origen semita, que continúan acuñando con su alfabeto en época romana. Fuera del ámbito peninsular, estos tipos aparecen en otras ciudades del Mediterráneo en las que la industria pesquera también tiene un gran peso dentro de su estructura económica (*Idem.* 141). La elección de los motivos hay que buscarlos en las raíces fenicias de las ciudades emisoras, sin que parezca, tampoco en este caso, que la influencia ejercida por Cartago hubiese sido determinante, limitándose la mayor parte de las veces a cuestiones estilísticas (Chaves 1990: 479).

Desde el punto de vista de la metrología, el análisis es realmente interesante. Observamos como Cádiz adopta en sus primeras emisiones en plata el patrón de las dracmas de *Emporion* y *Rhode*, el llamado patrón hispánico de 4,70 gramos, prescindiendo del *shekel* cartaginés, como hubiese sido lo más lógico si tal y como se defiende la economía gaditana hubiese dependido de alguna manera de Cartago (Chaves 1990: 473) y aunque el patrón elegido para el bronce sea similar al cartaginés, no es exclusivamente púnico y fue igualmente usado en el sur de Italia y Sicilia (*Idem.* 479). Aunque la elección del patrón ampuritano por Cádiz ha sido interpretado como prueba de la existencia de importantes relaciones comerciales a través del eje Ampurias-Cádiz (García-Bellido 1994: 117; Chaves y García Vargas 1991: 165) rastreables al menos desde el s. V (Cabrera 1994: 91), la lectura del registro material pone en duda hoy esta interpretación (López Castro 1997: 103-105).

4.3.4. *La similitud del material cerámico*

La idea de Tarradell sobre la existencia de dos áreas diferenciadas fue tomando cuerpo en la mente del investigador a medida que aumentaba su conocimiento de la realidad arqueológica norteafricana. Sus numerosos trabajos de campo le permitieron, desde un primer momento, identificar la cerámica de barniz rojo como la cerámica típica de la colonización semita (Tarradell 1967: 290-291), para después observar como, en el extremo occidente esta cerámica no desaparecía tras la caída de Tiro al contrario de lo que sucedía en la zona de Cartago (*Idem.* 305). Mientras

que en Cartago se asiste en estos momentos a una renovación formal y estilística, en Occidente no sólo continua viva esta tradición cultural, sino que se fabrica, con las lógicas evoluciones, en grandes cantidades, hasta que se imponen los productos romanos. A esto hay que añadir la aparición de diversos tipos cerámicos que no encontramos en Cartago y que distinguen a la esfera ibero-marroquí de la cartaginesa. Esta disparidad en el comportamiento de ambas zonas fue una de las razones que contribuyó a que en la mente del investigador se fuera gestando la famosa teoría sobre el «Círculo del Estrecho». Para Tarradell, la perduración de la técnica del engobe rojo sería la demostración de que a pesar de la pérdida de influencia de la metrópolis oriental y del ascenso de Cartago, el extremo Occidente seguía manteniendo relaciones con el Mediterráneo oriental, en concreto con el mundo fenicio-chipriota (*Idem.* 306). Hoy en día esta afirmación, tal y como fue planteada por Tarradell, no puede sostenerse (Arteaga 1994: 26) y sin embargo encierra un hecho innegable: la perduración de un cierto carácter oriental de la zona gaditana, herencia de su pasado inmediato, que perdurará con fuerza hasta momentos próximos al cambio de era y que contribuye a reforzar su enorme personalidad frente a Cartago.

Por otra parte, la profusión con que la cerámica ibérica aparece en la Mauritania occidental, tanto en la costa como en el interior (Tarradell 1951 y 1960; Vuillemot 1965; Akerraz y otros 1981-82; Girard 1984), no parece que responda a simples y esporádicos viajes comerciales, sino más bien a la contrastación arqueológica de una estructura comercial más compleja (López Pardo 1986: 185), que parece confirmar el hecho de que en los hornos de Kuass²⁴ y Banasa se imiten producciones ibéricas (1988: 743). Tanto si se trata de un caso como de otro, es decir si son materiales locales imitados o importaciones ibéricas, una cosa es obvia, en Marruecos se están utilizando las mismas formas y decoraciones que en el sur peninsular. La similitud entre los materiales de los hornos de Kuass y los del mediodía peninsular llevan a Ponsich a afirmar que «Gades fue una ciudad fenicia

²⁴ De la cerámica ibérica producida en los hornos de Kuass, Ponsich declara «*que aparece con frecuencia en los niveles superiores de los hornos, pero no parece producción local. Esta cerámica ya conocida y estudiada en Marruecos, la tenemos desde el s. III, en que la hallamos en las proximidades del horno III, sin que sea fácil decidirse entre la hipótesis de que es propiamente ibérica o que se trata de modelos fuertemente influidos por la técnica de decoración ibérica*» (Ponsich 1968: 9).

cuya influencia fue tan grande como la de Cartago, al menos en la parte occidental del Mediterráneo» (1968: 25).

4.3.5. La vajilla tipo «Kuass»

Conocemos por cerámica de tipo «Kuass» a la vajilla de uso común, que reproduce formas derivadas tipológicamente de los vasos áticos de barniz negro de los que se diferencian en los tonos rojizos y castaños que presentan sus superficies (Niveau de Villedary e. p. a.) y reciben este nombre del yacimiento norteafricano donde se identificaron (Ponsich 1968 y 1969). Ponsich las vinculó a los hornos del s. III a.n.e. y consideró que debía tratarse de una producción local que imitaba ciertas formas de cerámica ática o campaniense para surtir a un mercado no demasiado exigente, situado en la periferia de los circuitos comerciales mediterráneos.

El avance de la investigación ha ido poco a poco delimitando cronológica y espacialmente, las diferentes producciones de barniz negro que se difunden por toda la cuenca mediterránea. El período comprendido entre el cese de las importaciones áticas a Occidente a finales del s. IV a.n.e. y mediados del s. II, cuando se impone la campaniense, se caracteriza por la proliferación de un importante número de talleres de barniz negro locales o comarcales de difusión más restringida. Es precisamente el carácter autárquico de las producciones del s. III uno de los elementos que juzgamos clave a la hora de intentar delimitar el área del Estrecho. Nuestra intención es la de demostrar²⁵ que la cerámica llamada hasta ahora de Kuass cubre la demanda de vajilla de mesa de semilujo en una zona concreta —el «Círculo del Estrecho» que se corresponde con el área de influencia de *Gadir*— en un momento determinado —durante la práctica totalidad del s. III y comienzos del II a.n.e.— que se caracteriza precisamente porque es cada zona la que se autoabastece de estos productos, ante la incapacidad de alguno de estos talleres de sustituir la oferta ática.

²⁵ Esta es la tesis que desarrollamos en nuestra Tesis Doctoral. Algunas de las conclusiones preliminares a las que se han llegado en el transcurso de las investigaciones en: Niveau de Villedary 1998, e. p. a y e. p. b.

En el transcurso de nuestro trabajo²⁶ hemos podido comprobar como estas cerámicas son muy abundantes, desde momentos tempranos, en toda la zona de la bahía de Cádiz: casco urbano de la ciudad de Cádiz, Castillo de Doña Blanca y poblado de Las Cumbres, factorías de salazón de El Puerto de Santa María y Rota, casco urbano de El Puerto de Santa María y hornos de Torre Alta en San Fernando (Niveau de Villedary e. p. a). Algo más alejado del centro productor y principal consumidor, que hemos situado entorno a la bahía gaditana, la presencia de estas cerámicas siguen siendo muy numerosa en la campiña de Cádiz — poblado y necrópolis de Mesas de Asta, Cerro Naranja y demás villas rurales—, en la desembocadura del Guadalquivir —Cortijo de Eborá y santuario de la Algaida— y la bahía de Algeciras —Carteia y Gorham's Cave—. Conforme nos vamos alejando del punto central, el número y las formas representadas van disminuyendo aunque aún se localizan en toda la zona atlántica andaluza —cabezos de Huelva, la Tiñosa y Niebla— y sur de Portugal —Castro Marim, Mértola y Faro—. A lo largo de la costa mediterránea de Málaga a Almería se localizan en los principales enclaves púnicos destacando el elevado número hallado en Villaricos. Además de en Kuass, yacimiento donde se descubrió, en el norte de Africa sabemos de su presencia en Lixus, Emsá, Melilla y otros enclaves menores. Aunque la difusión es mayoritariamente costera, también se han identificado en yacimientos del bajo Guadalquivir —Itálica, Cerro Macareno y casco urbano de Sevilla—. Aunque aún no podemos fijar estos límites con precisión, a grandes rasgos se observa que en todas las zonas enumeradas la vajilla se presenta completa²⁷, de lo que inferimos un uso funcional y cotidiano, no simbólico o de prestigio. En

²⁶ Sería prolijo, por el volumen de documentación que manejamos, y juzgamos que escaparía del objetivo central del presente trabajo, el hacer una enumeración detallada de los yacimientos y lugares de los que tenemos noticias de la aparición de cerámicas de «tipo Kuass» y las referencias bibliográficas o personales concretas de cada caso particular. Remitimos al lector a los trabajos citados en la nota anterior.

²⁷ Fuera de esta zona más o menos vinculada a Cádiz encontramos una serie de puntos en los que también se han documentado estas cerámicas pero que debieron de llegar allí de forma puntual por vía comercial (Niveau de Villedary e. p. b). Aunque muy importante para determinar la dinámica comercial de la metrópolis occidental (Niveau de Villedary y Vallejo e. p.) sin embargo no resultan determinantes a la hora de tratar de delimitar el área del Estrecho.

estos momentos creemos estar en condiciones de aventurar que la vajilla de «tipo Kuass» se distribuye en el espacio, que en mayor o menor medida suponemos controlado por *Gadir*, es decir el «Círculo del Estrecho» (Niveau de Villedary e. p. b).

Por último no deja de ser significativo, desde nuestra óptica, que tengamos constatada la fabricación de este tipo de cerámica en los complejos industriales de Kuass (Ponsich 1969) y Torre Alta (Perdigones y Muñoz 1988), que sabemos eran los principales productores de ánforas destinadas a contener la producción salazonera. En ambos casos se trataría de una producción secundaria destinada, casi con toda seguridad, a cubrir la demanda local (Niveau de Villedary e. p. a).

5. EL «CÍRCULO DEL ESTRECHO» Y CARTAGO

A estas alturas ya no nos deben quedar dudas sobre el rol jugado por la industria de salazones en la economía del «Círculo del Estrecho». Por la complejidad requerida en un comercio de estas características —lujo, larga distancia, etc.— creemos que su organización debió correr por parte de instancias superiores —aunque la organización se organizara en la base por pequeños y medianos productores— y pensamos que ésta debió ser la máxima institución con la que la ciudad contaba desde su origen: el templo (Marín 1994: 361). La fama que durante toda la Antigüedad gozó la máxima institución religiosa gadirita nos parece que debía ofrecer la suficiente garantía al resto de potencias y ciudades mediterráneas, a la hora de llevar a cabo transacciones de tipo comercial. Es decir, que no creemos que la intervención de Cartago fuese necesaria para canalizar la distribución de los productos pesqueros gaditanos y por tanto rechazamos, de acuerdo a los datos objetivos con los que contamos por el momento, el papel mediatizador que tradicionalmente se ha otorgado al estado cartaginés en relación a la economía gaditana. Esto no es óbice para que el puerto cartaginés, por su situación geográfica y su misma entidad, constituyera una importante escala en algunas ocasiones y destino final en otras, de la producción salazonera gaditana, pero insistimos en proponer que ésta se organizaba desde la misma ciudad, a través del prestigioso santuario dedicado a Melqart, conocido y respetado en todo el Mediterráneo, de acuerdo con los postulados que rigen el comercio institucional propio de esta época.

Hemos visto como mediante un proceso complejo que podemos remontar a los comienzos mismos de la colonización, se fue formando en torno a las costas del sur de la península ibérica y el norte de Africa, con centro en la ciudad de *Gadir*, un área económica y política, cuya riqueza basada en la producción de derivados de la pesca, posibilitó su inclusión en los grandes circuitos económicos mediterráneos, y su situación geográfica, en el extremo del mundo conocido, favoreció que permaneciese independiente, que no indiferente, de los acontecimientos que sacudían al resto de potencias mediterráneas.

Los datos materiales con los que contamos parecen indicar que la relación con Cartago fue mínima y en todo caso bastante tardía. La presencia de materiales cartagineses en esta zona es escasa. Documentamos ánforas cartaginesas del tipo Mañá D en casi todos los yacimientos excavados (Ramón 1995: 625) pero perfectamente pueden explicarse, al igual que el resto de materiales, como evidencias de un tráfico comercial que no vamos a negar, pero su peso dentro del conjunto apenas es significativo salvo excepciones²⁸. En el mismo sentido nos encontramos con una serie de enclaves y materiales en los que se ha querido ver, ante la falta de paralelos locales y por su aparición repentina, la prueba de la instalación de colonos cartagineses (López Castro 1992b). La idea, sugerente en un principio, queda totalmente invalidada en el momento en que se comienza a conocer la cultura material y el modelo de poblamiento de esta zona, antes prácticamente desconocido.

Es evidente la necesidad de seguir contrastando estos indicios pero hoy podemos aventurar la hipótesis de la autonomía e independencia de *Gadir* respecto a Cartago, que creemos puede extenderse incluso durante el transcurso de la segunda guerra púnica (Millán 1998: 180-181). La opinión generalizada es que Cádiz, aliada de Cartago, interviene en el enfrentamiento junto a la ciudad norteafricana desde un principio y que sólo la abandona cuando todo está irremediablemente perdido y por el lamentable suceso del expolio de los templos por Magón (Livio *NH* XXVIII, 36, 1) cuya explicación no queda del todo clara. Nuestra opinión es que Cádiz, ciudad de economía floreciente, con sus propios circuitos comerciales y por tanto totalmente autónoma, es ajena en un principio a

²⁸ Tan sólo en el ámbito funerario y ritual de la necrópolis gaditana los materiales responden, en cierta manera, a un gusto que podríamos definir como «púnico-mediterráneo».

los intereses tanto de una parte como de otra, pero por «razones de sangre», apoya en un principio a la ciudad hermana que en esos momentos parecía que tenía más posibilidades de obtener la victoria. Sin embargo la actitud que se desprende de la defección de los gaditanos ante Roma no se explica desde esta posición. Es difícil entender como Cádiz se pasa al bando contrario abandonando a su tradicional (¿) aliada. Ante esto podemos pensar en *Gadir* como una realidad económica volcada la Atlántico, de raíces tradicionales semitas y por tanto «unida» a Cartago por lazos de sangre, pero desvinculada tanto de su política como de su estructura económica. En un primer momento y apelando quizás a esas razones, accedería a aliarse con la ciudad norteafricana para poder continuar con sus actividades; pero cuando ve que la situación se invierte, se apresura a firmar una paz más que ventajosa con Roma, ya por entonces clara vencedora del conflicto, que le permite seguir con su política económica sin problemas. Esta idea, lanzada ya por los autores antiguos²⁹, apenas si ha tenido eco en la investigación reciente³⁰, aunque en varios trabajos se apunta tal posibilidad³¹.

Sabemos que Roma permitía a los aliados conservar sus posesiones y territorios por lo que los territorios dependientes de Gades después del 206 serían básicamente los mismos. Los datos arqueológicos muestran una

²⁹ «Muchos autores (Livio XXVIII, 23, 6; 37, 10; Apiano Ib. 37) consideran que la necesidad de salvaguardar sus intereses comerciales impulsó a los gaditanos a expulsar a Magón de la ciudad y a firmar el foedus con Roma (...) otro factor a tener en cuenta es la política de expolio sistemático de los templos gaditanos adoptada por Magón, el cambio de alianza estaba justificado y seguramente sancionado por los dioses» (Rodríguez Ferrer 1988: 106).

³⁰ Tan sólo muy recientemente estas ideas, apuntadas en algunos trabajos y tratadas tangencialmente en otros, se han visto plasmadas en una obra monográfica, en la que el autor apuesta abiertamente por la autonomía e independencia de *Gadir* al frente del «Círculo del Estrecho» (Millán 1998).

³¹ «quizás sean estos comunes intereses económicos la causa de la frialdad de Gades en su apoyo al bando cartaginés, y por la negativa de la ciudad para prestar ayuda a Magón. Esta postura fría primero y hostil después, le valdrá a Gades un pacto favorable con Roma y una posible recuperación de sus mercados» (García-Bellido 1993: 136).

«Gades, a pesar del parentesco étnico con los púnicos, pactó con Roma y se entregó (...) es explicada esta defección de la causa púnica, porque Gades no era en el sentido estricto de la palabra cartaginesa, sino fenicia y por el particular carácter comercial de sus habitantes, a quienes interesaría mantener la paz, más beneficiosa para sus ganancias que la guerra» (García-Gelabert 1993: 128-129).

clara continuidad económica entre la última etapa púnica y los primeros momentos romanos (Chaves, García Vargas y Ferrer 1998). Ambos hechos contribuyen a que la teoría de la neutralidad real gaditana y su apoyo interesado según las circunstancias a cada bando, en función de salvaguardar sus propios intereses económicos, durante la segunda guerra púnica, cobre peso.

BIBLIOGRAFÍA

- AKERRAZ, A. y otros (1981-82): «Fouilles de Dchar Jdid, 1977-1980». *BAM*, 14. (169-244).
- ALONSO VILLALOBOS, C. (1986): «Aproximación al estudio de las relaciones entre la Bética y Mauritania Tingitana durante el reinado de Claudio» en *España y el Norte de Africa. Bases históricas de una relación fundamental. Actas del I congreso Hispano-Africano de las culturas mediterráneas. Melilla, 1984*. Granada. (207-213).
- ALVAR, J. (1991): «La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo» en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza. Ibiza, 1990. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 25, Ibiza. (19-27).
- MARTÍNEZ MAZA, C. y ROMERO, M. (1992): «La (supuesta) participación de Cartago en el fin de Tartesso». *Habis*, 23. (39-52).
- (1995): «Cartago versus Tartesso. Un problema histórico y un debate historiográfico» en *Actes du III Congrés International d'Etudes Pheniciens et Puniqes. Túnez, 1991*. I. Túnez. (60-70).
- ARRIBAS, A. y ARTEAGA, O. (1975): *El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga). Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada. Serie Monográfica*, 2. Granada.
- ARTEAGA, O. (1985): «Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar (Campaña de 1982). Una aportación preliminar al estudio estratigráfico de las ánforas púnicas y romanas del yacimiento». *NAH*, 23. (195-233).
- (1990): «La formación del mundo púnico» en *Desde la Prehistoria hasta la conquista romana (siglo III a.C.)*. *Historia de España*, 1. Barcelona. (456-469).
- (1992): «Las ánforas: púnicas, tardopúnicas, ibéricas y corintias» en *Andalucía y el Mediterráneo*. Sevilla. (104-111).

- (1994): «La liga púnico-gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa en el mundo Mediterráneo» en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza. Ibiza, 1993. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 33. Ibiza. (23-57).
- (1997): «Socioeconomía y sociopolítica del Iberismo en la Alta Andalucía» en Fernández Jurado, J., Rufete, P. y García Sanz, C. (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a.C.)*. Huelva, 1994. *Huelva Arqueológica*, XIV. Huelva. (95-136).
- AUBET, M. E. (1985): «Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas». *Aula Orientalis*, 3 (9-30).
- (1986): «La Necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular» en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. *Cuevas de Almanzora*, 1984. Sevilla. (612-624).
- (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Edición ampliada y puesta al día*. Barcelona.
- BARCELO, P. (1988): *Karthago und die Iberische Halbinsel vor den Barkiden*. Bonn.
- (1989): «Beobachtungen zur entstehung der barkidischen herrschaft in Hispanien» en Lipinski, E. y Dévijver, H., *Punic Wars. Studia Punica*, X. Leuven. (167-184).
- BELÉN, M. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1978): «La Tiñosa (Lepe, Huelva)». *Huelva Arqueológica*, IV. (197 -287).
- BENDALA, M. (1987): «Los cartagineses en España» en *Historia General de España y América. De la Protohistoria a la conquista romana*. I, 2. Madrid. (115-170).
- BERNAL, M. (1993): *Atenea negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. I: La invención de la antigua Grecia*. Barcelona.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1967): «La colonización de la Península Ibérica en el primer milenio antes de Cristo» en Gómez Tabanera, J. M. (ed.), *Las Raíces de España*. Madrid. (167-197).
- BLÁZQUEZ, J. M. (1961): «Las relaciones entre Hispania y el Norte de Africa durante el gobierno Bárquida y la conquista romana (237-19 a. J. C.)». *Saitibi*, XI. (21-43).
- LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D. (1969-70): «La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva». *NAH*, XIII-XIV. (304-331).

- CABRERA, P. (1994): «Cádiz y el comercio de productos griegos en Andalucía Occidental durante los siglos V y IV a.C.». *TP*, 51, n.º 2. (89-101).
- (1997): «La presencia griega en Andalucía (siglos VI al IV a.C.)» en Fernández Jurado, J., Rufete, P. y García Sanz, c. (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a.C.)*. Huelva, 1994. *Huelva Arqueológica*, XIV. Huelva. (367-390).
- CHAVES, F. (1990): «Relaciones entre la Magna Grecia y la Península Ibérica a través de la Numismática» en *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del XXIX^o Convegno di Studi sulla Magna Grecia. Taranto, 1989*. Taranto. (460-481).
- y GARCÍA VARGAS, E. (1991): «Reflexiones en torno al área comercial de Gades. Estudio numismático y económico» en *Alimenta. Homenaje a Michel Ponsich. Anejos de Gerión*. Madrid. (139-168).
- y FERRER, E. (1998): «Datos relativos a la pervivencia del denominado «Círculo del Estrecho» en época republicana» en *L'Africa Romana. Atti del XII Convegno di Studio. Olbia, 1996*. Sassari. (1307-1320).
- CHIC, G. y FRUTOS, G. DE (1984): «La Península Ibérica en el marco de las colonizaciones mediterráneas». *Habis*, 15. (201-227).
- CURTIS, R. I. (1991): *Garum and Salsamenta. Production and Commerce in Materia Medica*. Leiden.
- ÉTIENNE, R. (1970): «A propos du «garum sociorum»». *Latomus*, XXIX, 2. (297-313).
- FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE, P. y GARCÍA SANZ, C. (eds.) (1997): *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a.C.)*. *Actas de las Jornadas celebradas en el Foro Iberoamericano de La Rábida, Huelva, 1994*. *Huelva Arqueológica*, XIV. Huelva.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y RODERO, A. (1995): «El Círculo del Estrecho veinte años después» en *Actas del II C.I.E.G. Ceuta, 1990*. II. Madrid. (3-20).
- FERRER, E. (1996): *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la Historia de España*. Sevilla.
- FERRER, E. y GARCÍA VARGAS, E. (1994): «Sobre un tipo anfórico púnico-gaditano documentado en el Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba)». *Antiquitas*, 5. (46-52).
- FRUTOS, G. DE. (1984): «Relaciones Norte de Africa-Sur de Hispania desde el s. VIII a.C. hasta las Guerras Púnicas» en *Cádiz en su Historia. III Jornadas de Historia de Cádiz*. Cádiz. (115-123).
- (1991): *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricano e hispano*. Écija.

- CHIC, G. y BERRIATUA, N. (1988): «Las ánforas de la factoría prerromana de salazones de «Las Redes» (Puerto de Santa María, Cádiz)» en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*. 1. Santiago de Compostela. (295-306).
- y MUÑOZ VICENTE, A. (1994): «Hornos púnicos de Torre Alta (San Fernando, Cádiz)» en *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*. Huelva. (393-414).
- (1996): «La industria pesquera y conservera púnico-gaditana: Balance de la investigación. Nuevas perspectivas». *Spal*, 5. (133-165).
- GARCÍA CANO, J. M. (1985): «Cerámicas áticas de figuras rojas en el S. E. peninsular» en *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica*. Barcelona. (59-70).
- GARCÍA VARGAS, E. y FERRER, E. (e. p.): «Las salazones de pescado en la Gadir púnica: Estructuras de producción» en *European Association of Archaeologist. Third Annual Meeting. Ravenna, 1997*.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1942): *Fenicios y cartagineses en Occidente*. Madrid.
- GARCÍA-BELLIDO, M. P. (1993): «Las cecas libiofenicias» en *Numismática hispano-púnica. Estado actual de la investigación. VII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica. Ibiza, 1992. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 31. Ibiza. (97-146).
- (1994): «Las relaciones económicas entre Massalia, Emporion y Gades a través de la moneda». *Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad. Ampurias, 1991. Huelva Arqueológica*, XIII, 2. (115-149).
- GIRARD, S. (1982): «Banasa préromaine. Un état de la question». *AntAfr*, 20. (11-93).
- GOZALBES, E. (1995): «Aproximación al estudio del comercio entre Hispania y Mauritania Tingitana» en *Actas del II C.I.E.G. Ceuta, 1990*. 2. Madrid. (179-195).
- GRAN-AYMERICH, J. M. J. (1995): «La Méditerranée et les sites princiers de l'Europe Occidentale. Recherches en cours dans le «Cercle» du Détroit de Gibraltar» et dans l'Isthme Gaulois» en *Actes du III Congrès International d'Études Phéniciennes et Puniqes. Túnez, 1991*. II. Túnez. (97-101).
- LAGOSTENA, L. (1996a): *Alfarería romana en la Bahía de Cádiz*. Cádiz.
- (1996b): «Explotación del salazón en la Bahía de Cádiz en la Antigüedad: Aportación al conocimiento de su evolución a través de la producción de las ánforas Mañá C». *Florentia Iliberritana*, 7. (141-169).
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (1991a): «Cartago y la Península Ibérica: ¿imperialismo o hegemonía?» en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza. Ibiza, 1990. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 25, Ibiza. (73-84).

- (1991b): «El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias de la Península ibérica entre los siglos VI-III a.C.». *Studi di Egittologia e di Antichità Puniche*, 9. (87-107).
- (1992a): «La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación» en *Actas del Seminario La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación. Almería, 1990*. Almería. (11-79).
- (1992b): «Los libiofenicios: una colonización agrícola cartaginesa en el Sur de la Península Ibérica». *RStudFen.*, XX, 1. (47 - 65).
- (1993): «La producción fenicia occidental de salazón de pescado» en *II Congreso Peninsular de Historia Antigua. Coimbra, 1990*. Coimbra. (353-362).
- (1994): «Cartago y la Península Ibérica en la Historiografía española reciente (1980-1992)». *HAnt.*, XVIII. (519-532).
- (1995): *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*. Barcelona.
- (1996): «Fenicios y cartagineses en la obra de Adolf Schulten: una aproximación historiográfica». *Gerión*, 14. (289-331).
- (1997): «Los fenicios occidentales y Grecia» en Presedo, J. M. y otros (eds.), *Xaipe. II Reunión de historiadores del Mundo Griego Antiguo. Sevilla, 1995*. Homenaje al profesor Fernando Gascó. Sevilla. (95-105).
- LÓPEZ MELERO, R. (1997): *Filipo, Alejandro y el mundo helenístico. Cuadernos de Historia*, 27. Madrid.
- LÓPEZ PARDO, F. (1986): «Mauretania Tingitana: tendencias en sus relaciones interprovinciales» en *España y el Norte de África. Bases históricas de una relación fundamental. Actas del I Congreso Hispano-Africano de las culturas mediterráneas. Melilla, 1984*. Granada. (185-194).
- (1988): «Apuntes sobre la intervención hispana en el desarrollo de las estructuras económicas coloniales en Mauritania Tingitana» en *Actas del I C.I.E.G. Ceuta, 1987*. I. Madrid. (741-748).
- (1990): «Nota sobre las ánforas II y III de Kuass (Marruecos). Algunas precisiones a la documentación arqueológica». *AntAfr.*, 26. (13-23).
- (1995): «Aportaciones a la expansión fenicia en el Marruecos atlántico: alimentos para el comercio» en *Actas del II C.I.E.G. Ceuta, 1990*. 2. Madrid. (99-110).
- MANIATIS, Y., JONES, R. E., WHITBREA, I. K., KOSTIKAS, A., SIMOPOULOS, A., KARAKALOS, C. y WILLIAMS II, C. K. (1984): Punic amphoras found at Corinth,

- Greece: an investigation of their origin and technology. *Journal of Field Archaeology*, 11, 2 (205-222).
- MARÍN CEBALLOS, M. C. (1994): «Reflexiones en torno al papel económico-político del templo fenicio» en Mangas, J.-Alvar, J. (eds.), *Homenaje a J. M. Blázquez*. II. Madrid. (349-362).
- MILLÁN, J. (1998): *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad (1000 a.C.-500 d.C.)*. Écija.
- MOLINA, F., HUERTAS, C. y LÓPEZ CASTRO, J. L. (1983): «Hallazgos púnicos en el Majuelo» en *Almuñécar, Arqueología e Historia*. II. Granada. (275-289).
- y JIMÉNEZ, S. (1983): «La factoría de salazones el Majuelo» en Molina, F. (ed.), *Almuñécar, Arqueología e Historia*. Granada. (279-290).
- MUÑOZ, A. (1995-96): «Secuencia histórica del asentamiento fenicio-púnico de Cádiz: Un análisis crono-espacial tras quince años de investigación arqueológica». *Boletín del Museo de Cádiz*, VII. (77-105).
- FRUTOS, G. DE y BERRIATÚA, N. (1988): «Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la Bahía de Cádiz». *Actas del I C.I.E.G. Ceuta, 1987*, I. (487-508).
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. (1998): «El sur de la península y el norte de Africa durante los siglos IV y III a.C.» en Galán, J. M., Cunchillos, J.-L. y Zamora, J.-A. (eds.), *El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente. I Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo*. Madrid, 1997. Madrid.
- (e.p.a): «La producción de cerámicas rojas de tradición griega en la zona de Cádiz. Las cerámicas de tipo «Kuass»: Una nueva perspectiva». *Madrider Mitteilungen*.
- (e.p.b): «La cerámica «tipo Kuass». Avance a la sistematización del taller gaditano». *Spal*, 8.
- y RUIZ MATA, D. (e. p.): «Estructuras industriales turdetanas del siglo III a.n.e. en el entorno de la Bahía de Cádiz» en *XI Encuentros de Historia y Arqueología «El Urbanismo como fenómeno histórico y social. De la Aldea Neolítica a la Ciudad Romana»*. San Fernando, 1995.
- y VALLEJO, J. I. (e. p.): «Evolución y estructura del comercio gaditano en época púnica. Un avance a partir de la documentación arqueológica. I. (ss. VI-IV a.n.e.)» en *Intercambio y Comercio Preclásico en el mediterráneo. I Coloquio del CEFYP, 1998*. Madrid.

- OLIVER, A. (1995): «La presencia púnica en los asentamientos ibéricos: una aproximación a su problemática» en *Actes du III Congrès International d'Études Phéniciennes et Puniqes. Túnez, 1991*. Túnez. (264-281).
- PASCUAL, R. (1969): «Un nuevo tipo de ánfora púnica». *AEspA*, 42. (12-19).
- PERDIGONES, L. y MUÑOZ, A. (1988): «Excavaciones arqueológicas de urgencia en los hornos púnicos de Torre Alta. San Fernando, Cádiz». *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III. (106-112).
- POLANYI, K. (1978): «La economía como actividad institucionalizada» en *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos*. Barcelona. (289-315).
- PONSICH, M. (1968): «Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritana en Kuass (Arcila, Marruecos)». *PLAV*, 4. (3-25).
- (1969): «Les céramiques d'imitation: la campanienne de Kouass. Région d'Arcila-Maroc». *AEspA*, 42. (56-80).
- (1975): «Perennité des relations dans le circuit du Détroit de Gibraltar» en *ANRW*, II, 3. Berlín-Nueva York. (655-684).
- (1988): *Aceite de oliva y salazones de pescado. Factores geo-económicos de Bética y Tingitania*. Madrid.
- y TARRADELL, M. (1965): *Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée Occidentale. Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques*, XXXVI, París.
- RAMÓN, J. (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona.
- RIPOLL, S. (1988): «El atún en las monedas antiguas del Estrecho y su simbolismo económico y religioso» en *Actas del I C.I.E.G. Ceuta, 1987*. I. Madrid. (481-486).
- RODERO, A. (1991): «Las ánforas del Mediterráneo Occidental en Andalucía». *TP*, 48. (275-298).
- RODRÍGUEZ FERRER, E. (1988): «El templo de Hércules-Melkart. Un modelo de explotación económica y prestigio político» en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua. Santiago de Compostela, 1986*. Santiago de Compostela. (101-110).
- ROUILLARD, P. (1991): *Les grecs et la Peninsule Ibérique du VIII au IVE siècle a. J. C.* París.

- RUIZ GIL, J. A. (1986): «Sondeos arqueológicos de urgencia para la delimitación de las factorías de salazones púnico-gaditanas en el Puerto de Santa María (Cádiz)». *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III. (101-105).
- (1991): «Cronología de las factorías de salazones púnicas de Cádiz» en *Atti del II C.I.S.F.P. Roma*, 1987. III. Roma. (1211-1214).
- y RUIZ FERNÁNDEZ, J. A. (1987): «Excavaciones de urgencia en el Puerto de Santa María, Cádiz». *Revista de Arqueología*, 74. (5-12).
- RUIZ MATA, D. (1987): «La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca» en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*. Jaén, 1985. Jaén. (299-314).
- (1997): «Fenicios, tartesios y turdetanos» en Fernández Jurado, J., Rufete, P. y García Sanz, C. (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a. C.)*. Huelva, 1994. *Huelva Arqueológica*, XIV. Huelva. (325-365).
- (1999): «Visión actual de la fundación de *Gadir* en la Bahía gaditana. El Castillo de Doña Blanca en el Puerto de Santa María y la ciudad de Cádiz. Contrastación textual y arqueológica». *Revista de Historia de El Puerto*, 21. (11-88).
- CÓRDOBA, I. y PÉREZ, C. J. (1998): «Vinos, aceites y salazones en la Turdetania» en *Actas del Congreso Internacional «Los Iberos: Principes de Occidente»*. Barcelona, 1998. Barcelona. (387-397).
- y PÉREZ, C. J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. Biblioteca de Temas Portuenses, 5. El Puerto de Santa María, Cádiz.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1986): «El mundo de las colonias fenicias occidentales» en *Homenaje a Luis Siret. Cuevas de Almanzora*, 1984. Sevilla. (449-521).
- SUÁREZ, J. y FARIÑA, F. (1990): «A Lanzada (Sanxenxo, Pontevedra), definición e interpretación de un yacimiento castreño atípico. Apuntes para un estudio de los intercambios protohistóricos en la costa atlántica peninsular». *Madridener Mitteilungen*, 31. (309-337).
- TARRADELL, M. (1951): «Cerámica de tipo ibérico en Marruecos» en *IV Congreso Arqueológico del Sudeste. Alcoy*, 1951. Cartagena. (185-198).
- (1960): *Marruecos púnico*. Tetuán.
- (1967): «Los fenicios en Occidente. Nuevas perspectivas» en Harden, D., *Los Fenicios*. Barcelona. (277-314).
- VUILLEMOT, G. (1965): *Reconnaisances aux échelles puniques d'Oranie*. Autun.

- VV.AA (1954): *Actas del I Congreso Arqueológico del Marruecos Español. Tetuán, 1953*. Madrid.
- (1986): *España y el Norte de Africa. Bases históricas de una relación fundamental. Actas del I Congreso Hispano-Africano de las culturas mediterráneas, Melilla, 1984*. Granada.
- (1988): *Actas del I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar. Ceuta, 1987*. Madrid.
- (1995): *Actas del II Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar. Ceuta, 1990*. Madrid.
- WAGNER, C. G. (1983): *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*. Tesis Doctoral reprografiada. Universidad Complutense. Madrid.
- (1984): «El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluidos entre Cartago y Roma». *Memorias de Historia Antigua*, VI. (211-224).
- (1986): «Cartago y Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria y arqueológica» en *In memoriam Agustín Díaz Toledo*. Almería. (437-460).
- (1992): «Tartessos en la historiografía: Una revisión crítica» en *Actas del Seminario La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación. Almería, 1990*. Almería. (81-115).
- (1994): «El auge de Cartago (s. VI-IV) y su manifestación en la Península Ibérica» en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza. Ibiza, 1993. Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 33, Ibiza. (7-22).
- WHITTAKER, C. R. (1978): «Carthaginian Imperialism in the fifth and fourth centuries» en Garnsey y Whittaker (eds.), *Imperialism in the Ancient World*. Cambridge. (59-91).
- WILLIAMS II, C. K. (1978): «Corinth 1978: Forum Southwest». *Hesperia*, 48, 2. (105-144).